

## Jesús Maestro

Por Carlos E. Mesa, C.M.F.

Ha sido un acierto y un acto de nobleza instituir la celebración del día del maestro. Es cosa justa y merecida que cuantos han alcanzado algunas particillas del saber le rindan homenaje de gratitud a ese hombre sacrificado que en fatigosas tareas de cada día va aproximando su turbulenta grey hacia esa tierra de promisión. Es natural que todos los buscadores de la verdad y rondadores de la esquivia sabiduría le demuestren gratitud al maestro que guía sin desmayos hacia el logro de los supremos tesoros.

Honor al maestro!

Pero este día recibe luz, belleza y significación desde arriba: desde la persona adorable de Jesús. Porque El fue quien dijo:

—Magister vester unus est: Christus. No tenéis más que un solo Maestro. Y ese es Cristo.

Este humilde acto de adoración y de amor a Jesús Maestro se nos impone dulcemente como hombres y como cristianos.

—Como hombres, porque si es verdad que en la historia larga de la humanidad han descollado conductores y alumbradores de la inteligencia que son reconocidos como maestros por excelencia, tales como Aristóteles, Marco Aurelio o Pascal, sobre todos ellos, infinitamente más que el ciprés por encima de los juncos, se levanta y se empina Cristo, el único y verdadero pedagogo de la humanidad.

—Como cristianos, porque gracias a su dirección espiritual podemos alcanzar aquella ciencia consumada que es la del último fin, la que centra e ilumina la travesía del hombre en la tierra y su arribo a la posesión de la luz en plenitud definitiva.

Al empezar el racionalista Adolfo Harnak sus célebres conferencias sobre la esencia del cristianismo, las prologaba con estas palabras: “El gran filósofo del positivismo John Stuart Mill dijo en cierta ocasión que no se recordará bastantes veces a la humanidad que un día existió un hombre llamado Sócrates. Pero mucho más importante es recordar siempre a la humanidad que un día hubo en medio de ella un hombre que se llamó Jesucristo”.

Ese Hombre —hay que añadir al concepto bello pero trunco de Harnak— era también Dios. Fue la luz; y las tinieblas no lo compren-

dieron. Pero sigue destellando entre los hombres, lleno de gracia y de verdad.

El mundo ha necesitado, desde el principio, de una pedagogía espiritual. La teología nos enseña que por el pecado, al hombre le quedó herida la inteligencia y vulnerada la voluntad. El pecado fue ruina intelectual del hombre. Por esa llaga, la inteligencia perdió penetración y capacidad de retentiva; el discurrir se le hizo más penoso, la verdad más escurridiza, el error más contagioso y adhesivo.

Es verdad que en el hombre, como lo recuerda el filósofo griego, sigue innata la apetencia del saber; pero, sin desconocer los adelantos y logros portentosos del hombre en el campo de la ciencia, cuántos rodeos alargan su camino, cuántas equivocaciones lo jalonan y qué incertidumbres y tanteos han precedido a la final iluminación! El que haya leído, por ejemplo, una historia de la filosofía podrá recordar qué catálogo de locuras y dislates se van entreverando con las más arduas y bellas construcciones del pensamiento!

Por eso el hombre necesitó siempre del magisterio de Dios.

Todo el Antiguo Testamento es una pedagogía divina que va preparando al pueblo de Dios, peregrinante por la historia, para el magisterio definitivo y universal del Mesías.

Lo afirmó San Pedro cuando dijo: Muchas veces y de muchas maneras habló Dios a los hombres. Y cuando aseguró que a ellos, a los caminantes de la ley vieja, todo les acontecía por figuras y simbolismos, anunciadores de la plenitud.

Para amaestrar a su pueblo, Dios suscita en medio de él a los Profetas. Estos reciben del cielo las consignas y los oráculos y luego anuncian, imprecán, amenazan, prometen o fulminan. Ellos cantan la verdad del Señor al pueblo, a los sacerdotes, a los reyes. Sobre los profetas aletea el Espíritu de Dios que los alumbró, los santifica y los fortalece. Y todos ellos, en su predicción, vaticinan al gran Maestro.

Isaías, por ejemplo, dice al pueblo en nombre de Dios:

—Haré que jamás te falte tu Doctor;  
verán siempre tus ojos a mi Preceptor.

El pueblo vive en la esperanza del Maestro. Un día, en la hora del sofoco meridiano, Cristo entabla un coloquio con una mujer de Samaria que está llenando sus cántaros en el viejo pozo de Jacob. En su inefable tarea de magisterio, Cristo pasa de la alegoría a la realidad, del agua soterraña, saciadora de la sed del cuerpo, al agua de la vida eterna que una vez bebida, calma los ardores y los clamores del espíritu insaciable.

—Sé, le dice la Samaritana, que el Mesías llega; que se llama Cristo y que cuando llegue nos lo aclarará todo!

Y Jesús le respondió:

—Yo, soy, el que habla contigo!

Que fue como decirle: Yo soy el Maestro a quien el mundo espera y para eso he venido, para dar testimonio de la verdad.

En efecto: Jesucristo, Verbo de Dios, Palabra del Padre, Sabiduría eterna e infinita, vino a vivir con los hombres y apareció en la

tierra lleno de gracia y de verdad, como nos dice San Juan en el prólogo sublime de su Evangelio.

¿Y cuál fue la doctrina que El nos expuso?

Hay un libro que es tesoro, no solo de la cristiandad, sino de la cultura humana: el libro de los Santos Evangelios. En sus páginas exiguas está archivado el magisterio de Jesús: su pedagogía de hechos y de palabras.

La íntima y cotidiana experiencia de innumerables almas sigue pregonando, día tras día, la eficacia permanente de los Evangelios. Recordaré un caso. Enrique Lefevre, alejado de la Iglesia, nutría un odio grande a lo que él llamaba, supersticiones católicas. Sus ojos se apacentaban golosamente en los grandes autores extraviados. Un día, lleno de tedios y desganas, se fue a una librería a buscar algún libro raro, en que descansara su fantasía y repesara su corazón, nostálgico de belleza absoluta.

Removiendo un montón de libros polvorientos dió con un pequeño volumen encuadernado en cuero y algo deteriorado. Era una traducción de los cuatro Evangelios. Lo curioseó desconfiadamente y acabó pensando que, como todo libro, según se dice, podría tener algo bueno. No hay hombre ni libro que sean enteramente malos. A la ventura, dió con la parábola del Hijo Pródigo. Y la fue leyendo con emoción creciente. Pasando en su curiosidad, tropezó con la alegoría del Buen Pastor. Y ya cautivado por la suprema simplicidad de esas páginas se entregó a la lectura del todo el volumen. Me sentía —nos cuenta— como si estando de tiempo atrás en una caverna oscura, de repente me cayera encima un rayo de sol.

De allí se levantó para buscar a Cristo en el sacerdote y en el tribunal que purifica. Era una conquista más de la pedagogía eterna del Evangelio.

Empezaré por decir que entre la ciencia de Jesús y la doctrina que El quiso manifestarnos hay una distancia inmensa. San Agustín os da la razón.

—Jesucristo vino al mundo, no para hacer filósofos o matemáticos, sino para hacer cristianos. Sus enseñanzas se concretan a la doctrina dogmática y moral necesaria para enderezar al hombre y a la sociedad hacia el último fin, que es la posesión dichosa de Dios en la eternidad.

Sería, pues, inútil buscar en el Evangelio las disciplinas puramente humanas. Lo que allí se encuentra es la ciencia de la salvación y de la santidad. La ciencia del recto pensar y del santo vivir.

¿De dónde sacó Jesús el tesoro de su enseñanza? No ocultó sus fuentes el divino Maestro. Pero hay un pasaje del Evangelio en que de modo más patente aparece la función magisterial de Cristo como una mediación suya entre Dios y los hombres.

En la fiesta solemnísimas de los tabernáculos, Jesús aprovechó la ocasión del agolpamiento de la multitud para exponer sus principios en el recinto del templo. Los judíos, admirados, se preguntaban:

—¿Cómo sabe éste las letras sagradas sin haberlas aprendido?  
Y Jesús les aclaró:

—Mi doctrina no es mía, sino de Aquel que me envió.

Sí, lo que Cristo enseña es divino, es santo, es celestial. Y así lo comprendió el pueblo cuando exclamaba:

—Nunca hombre alguno habló como este hombre.

En el tesoro doctrinal de Cristo hay teoría y práctica, verdades para la mente y normas para el corazón. Pedagogía completa para el hombre integral.

Pero su doctrina, tan completa y armoniosa, no es tan solo un hermoso y bien construido sistema destinado a la pura especulación. Es código y regla de vida. El cristianismo es para ser vivido. Y la pedagogía cifrada en el Evangelio se endereza a crear y formar hijos de Dios, constructores de la ciudad temporal y piedras vivas y escogidas para la ciudad eterna. Jesús el Maestro ha esclarecido el origen, el camino y el fin del hombre; lo ha hecho, según la bella expresión de un pensador hispano, un portador de valores eternos.

¿Y cuáles son los frutos del magisterio de Cristo?

Ellos podrían colegirse del conocimiento y cotejo de la sociedad antigua y pagana con la sociedad inspirada por los influjos del Evangelio; y aún de la comparación entre los preceptos del Antiguo Testamento con el mandamiento nuevo y con toda la ordenación espiritual de la Nueva Alianza iniciada en Belén y rubricada en el Calvario.

Allí donde hay respeto, dignidad, moral, justicia, caridad, allí está la palabra de Cristo. Hay virtudes que fueron prácticamente desconocidas por el paganismo. La domesticación de pueblos feroces, la mitigación de bárbaras costumbres, la civilización de las hordas convertidas en países cultos, el sentido de hermandad entre todos los hombres, la idealización de la mujer, el florecimiento de la virginidad, el martirio como testimonio de fidelidad a las enseñanzas del Evangelio, todo esto es fruto copioso, es cosecha opulenta del magisterio de Jesús.

Su fruto más logrado y precioso es la santidad. Ellos son los que de manera más convincente pregonan la eficacia de su pedagogía. Los mejores alumnos de Jesús son los santos.

Pero no está de más que nos preguntemos en qué radica la fuerza de esta pedagogía divina.

Primero de todo, en su **autoridad moral**.

Jesús condenaba la contradicción viviente de la enseñanza farisea.

—Los fariseos —decía— predicán, pero no practican. Escuchad sus preceptos; pero no sigáis sus obras.

Pero de Jesús, el Maestro, se advirtió expresamente que al mismo tiempo hacía y enseñaba. *Cepit facere et docere*. Y El mismo, seguro de su absoluta limpieza, podía preguntar a las turbas:

—¿Quién de vosotros podrá vencerme de pecado?

El enseñó pureza, bondad, humildad, espíritu de servicio, necesidad de la propia negación. Y eso fue lo que hizo, a vista de todos, desde Belén hasta el Calvario.

Al poderío convincente de su autoridad se añadía la claridad meridiana de su mensaje. Cristo expone su doctrina con palabras sencillas, diáfanas y destellantes de luz. Sus comparaciones estaban tomadas del mundo cotidiano de sus oyentes: del campo, del mar, del cie-

lo que su auditorio contemplaba todos los días. El conoció y usó como nadie la capacidad instructiva de las narraciones para fijar las grandes ideas. Y por ejemplo, para ponderar la misericordia inagotable de Dios Padre y estimular a una confianza total, él cuenta a las turbas embelesadas la parábola del Buen Pastor o la del Hijo Pródigo. Y ya el hombre sabe para siempre que cuando todos los caminos se le cierran al pecador, le quedan como último refugio los brazos abiertos del Padre que está en los cielos.

A pesar de tanta dádiva de claridad, hay hombres que se obstinan en no entender el mensaje de Cristo. El escritor español José María Pemán ha comentado agudamente que en la vida de Cristo hubo "la otra Pasión". Hubo un duelo con esa atmósfera impalpable y raquílica del achicamiento de sus palabras, de la tasación económica de sus palabras, del mal entendimiento por parte de sus amigos. Por eso —concluye el pensador hispano— Jesús desangrado, roto, dijo un día sobre el Calvario: —Señor, perdónalos porque no saben lo que hacen. Pero todos los días de su vida, mal comprendido y mal vitoreado, pudo decir: —Perdónalos, porque no entienden lo que les digo.

Con la autoridad moral y la claridad alumbradora, Cristo puso la eterna pedagogía del amor. Toda su predicación discurrió cortejada por milagros de caridad. Toda ella señoreada por expresiones iguales a ésta:

—Como el Padre me ama así Yo os amo a vosotros...

En todos sus oyentes —cuántas veces groseros y zafios!— El vió la imagen y semejanza de Dios.

A todo ello se suma la nota de la perpetuidad. Cómo ha pasado las enseñanzas de muchos alabados maestros de la humanidad! Cómo han envejecido sus teorías! Cómo se nos han tornado anacrónicos sus preceptos e insoportables sus escrituras! Hay cementerios de libros y de ideas, como hay cementerios de hombres. Pero la enseñanza de Cristo, compendiada en los Evangelios, permanece fresca, vigorosa y constructiva. Y hay una experiencia comprobada por grandes hombres del pensamiento y de la acción. La verificaba en su alma inmensa el Cardenal Mercier cuando, al volver cada día a la lectura del Evangelio o de San Pablo, sentía como en lo hondo del alma se le deshacían los tinglados artificiales de las varias filosofías y el alma se le simplificaba al contacto de esas páginas sencillas e inocentes de los evangelistas. Místicas como Teresita del Niño Jesús y mujeres de acción como la dinámica Laura Montoya, al final de sus días, se remansan en los Evangelios y encuentran desabridos todos los demás libros. Y como ellas, son muchos los que después de sus travesías y aventuras por el mundo de la cultura humana, terminan confesando su regreso a los pozos indeficientes del Evangelio. Y es que el magisterio de Jesús permanece vivo en ellos, así como perdura en lo mejor de los hombres, en la Iglesia y en los santos.

No se puede negar que estamos atravesando una hora de turbio confusionismo y de angustiosa desorientación. Nace una era nueva en la historia de la humanidad, surgen problemas insospechados, se resquebrajan valores hasta ahora rodeados de respeto y dentro de la misma concepción cristiana se plantean casos morales que no llegaron a maliciar los moralistas de hace solo cincuenta años.

Pero en esta coyuntura que semeja una media noche, por su oscuridad y tal vez por la misma vecindad de la aurora, Cristo ha inspirado a su Iglesia la convocación del Concilio para adoctrinamiento de la humanidad. Qué pensador de nuestros días, qué ensayista afamado o qué sociólogo de ponderada sagacidad ha dicho sobre el mundo y el hombre de nuestros días lo que, valga un solo caso, ha formulado el Concilio en su diamántico documento sobre la Iglesia en el mundo actual? "Nada hay verdaderamente humano —dice esta Constitución pastoral— que no encuentre eco en el corazón de la Iglesia. La Iglesia se siente íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia".

Acto de magisterio es el Concilio. Dádiva de verdad para las mentes confusas. Respuesta a las demandas del hombre contemporáneo. Adaptación del Evangelio eterno a las urgencias novísimas de la humanidad. Depongamos el pesimismo y la desconfianza; no nos hablen los profetas agoreros y recurramos al Maestro con la expresión de sus primeros discípulos:

—¿A quién otro iremos, Señor, si Tú tienes palabras de vida eterna?